

## FUNCIONES Y SENTIDOS DE LA CULTURA<sup>1</sup>

**Anthony Sampson**

Según la cuarta acepción del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, "cultura" es el "Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social".

Esta acepción es un intento por verter, en una definición concisa, el saber antropológico a la lengua de todos los días. Corresponde en gran medida a la definición propuesta por el antropólogo inglés del siglo XIX, Tylor, quien justamente introdujo el concepto de cultura en la antropología: "Cultura o civilización, dice Tylor, tomada en su amplio sentido etnográfico, es aquel complejo todo que incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad"<sup>2</sup>.

La dificultad con esta definición no radica en que abarque tanto, sino en la incierta relación esbozada entre el individuo y su cultura. Porque todo lo que caracteriza a las acciones del individuo puede adjudicarse a su formación cultural, pero, al mismo tiempo, esas acciones también son susceptibles de un análisis en términos de la psicología del individuo. Esto crea inevitablemente un problema no tan fácil de resolver. En otros términos, ¿puede pensarse una cultura en analogía a la forma en que un individuo puede ser evaluado? ¿Es la cultura una especie de individuo colectivo marcado por rasgos y facetas psicológicos distintivos?

Aquí tocamos un tema predilecto de lo que se ha llamado la psicología popular - o folklórica - pero que también recibe el aval, a veces, de sedicentes expertos que soterradamente legitiman posiciones chovinistas, clasistas, racistas y sexistas. Algunas pueden resultar inofensivamente divertidas, otras en cambio son prejuicios peligrosos. La mayor parte son anodinas, meras frases de cajón. Pero algunas incluso son cultivadas por los propios pueblos para representar aspectos de su singularidad. Algunas deben condenarse de una manera tajante, aunque en otras los antropólogos pueden reconocer modos ingenuos de postular las diferencias culturales. En últimas, son estereotipos que pretenden captar una esencia, un espíritu o una actitud definitorios de todo un pueblo, su alma o espíritu subyacente que se expresa en los fenómenos visibles. Fue el romanticismo alemán de los siglos XVIII y XIX el que promovió esta concepción. *Die Geist, das Kultur* son los dos términos insistentemente empleados y casi siempre fuertemente impregnados de misticismo. El espíritu concierne a los ideales rectores de la conducta de la vida, aquello a lo cual se aspira como un bien superior, y en nombre de lo cual un pueblo o una nación puede estimarse como superior a otros. Decimos así corrientemente: los negros son así..., los indios así..., los franceses..., los mexicanos..., los norteamericanos, los colombianos, los paisas, los costeños, los rolos, los vallunos, los nariñenses. En esta visión popular de las culturas ocupa un lugar destacado la "inteligencia": la cultura propia es concebida como más inteligente que otras, sobre todo que otra muy cercana o fronteriza.

---

<sup>1</sup> Tomado de *Pautas y Prácticas de crianza en Familias Colombianas*. Serie Documentos de Investigación del Ministerio de Educación y la OEA. Editora, María Cristina Tenorio, Bogotá, 2000. (pag. 259 a 268)

<sup>2</sup> Sir Edward B. Tylor, *Primitive Culture*, Londres, John Murray, 1871, citado por Edward Sapir en *The Psychology of Culture*, Berlin - New York, Mouton de Gruyter, 1994, p.35. La siguiente discusión y

Esta idea de la cultura, entonces, la define en términos de las cualidades preferidas y las evaluaciones de un pueblo dado, su lealtad a ciertos temas centrales e ideas fundamentales. Esto se ilustra mejor con respecto a las grandes categorías como las del tiempo y del espacio, por ejemplo, y la actitud de las diferentes culturas hacia ellas. Es muy notable el contraste entre la experiencia vivida del tiempo de los hindúes y la de los norteamericanos. Para los estadounidenses los hindúes simplemente ignoran el tiempo, lo que está en una oposición diametral con la obsesión en los EEUU por medir constantemente el tiempo ("el tiempo es oro") y la aguda sensación de su transcurrir. Los norteamericanos manifiestan un interés marcado en la historia, en el valor de las fechas de los eventos culturales e históricos. Les fascinan igualmente toda clase de mediciones, especialmente las estadísticas y los desempeños que baten "records" anteriores. En cambio, a la cultura hindú poco le importan las fechas. Piensan que los verdaderos valores son eternos, atemporales. No piensan los fenómenos como relaciones causa - efecto, sino como ilustraciones de los eternos principios. Pues el mundo reposa sobre principios inalterables que se descubren en el sufrimiento inevitable. Esto induce a un desdén hacia el efímero mundo fenoménico, el momento actual es desvalorizado y se piensa la felicidad no para aquí y ahora sino para una futura reencarnación.

Entonces, aunque la actitud característica de un pueblo no sea lo que los antropólogos entiendan propiamente por cultura, puede de todos modos a veces permitir pensar ciertos rasgos evidentes y distintivos. Pero, como ya lo señalamos, el peligro que acecha en estas concepciones es el chovinismo, el racismo y el sexismo.

Podríamos entonces aproximarnos con mayor rigor a nuestro objeto de indagación si adoptamos la definición de Sigmund Freud en su célebre texto "El malestar en la cultura". Dice Freud "...la palabra 'cultura' designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres" <sup>3</sup>. Enseguida, Freud se pone a explorar cada uno de los rasgos que podríamos discernir como culturales. El primero es fácil de encontrar, y de hecho nuestra consulta del Diccionario ya nos lo había señalado. "Reconocemos como 'culturales' todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc." Es decir se trata de la aparición de instrumentos y herramientas, que eventualmente permitirán la agricultura en gran escala, la domesticación del fuego, la construcción de viviendas. Con la invención de las primeras herramientas comienza la acumulación de lo que algunos llaman órganos exosomáticos, o prótesis en los términos de Freud: el barco, el avión, las gafas, el microscopio, el telescopio, la cámara fotográfica, el disco grabado - concebidos los dos últimos como materializaciones de la facultad de recordar - el teléfono, y toda la asombrosa plétora de inventos de los últimos cincuenta años. Mediante ellos "el hombre, en palabras de Freud, se ha convertido en una suerte de dios-prótesis" <sup>4</sup>.

Naturalmente la cultura no se reduce, como ya lo hemos visto, a lo material y a lo tecnológico. Es sobre todo una organización normativa y prescriptiva. "Exigimos que el hombre culto venera la belleza", anota Freud, y "requerimos ver, además, los signos de la limpieza y el orden" <sup>5</sup>. La suciedad de cualquier tipo nos parece inconciliable con la cultura; y esa misma exigencia de limpieza la extendemos también al cuerpo humano. Belleza, limpieza, y orden resumen, a ojos de Freud, los requerimientos culturales que con mayor insistencia acompañan la evolución de las sociedades.

---

<sup>3</sup> Sigmund Freud, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, Vol. XXI, p. 88.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.90.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p.91

Enseguida, Freud subraya la importancia de las tareas intelectuales, científicas y artísticas, y en general destaca el papel rector atribuido a las ideas en la vida de los hombres, especialmente los sistemas religiosos y filosóficos. Todos constituyen, en términos de Freud, formaciones de ideal indispensables en toda cultura para la recta conducción de la vida.

El segundo aspecto de la definición freudiana de la cultura atañe al modo en que se regulan los vínculos recíprocos entre los seres humanos. Esto abarca el gran conjunto de las estructuras del parentesco, los modos de establecer la alianza matrimonial y familiar, de fijar la vecindad, trazar el linaje, fijar la pertenencia al clan, totem, tribu, etnia, eventualmente a una nación, o Estado. Claro está, sobre estos cimientos se levanta el sistema normativo del derecho, y la concepción de la justicia que le es inherente.

Así Freud, por sus abundantes lecturas de los textos antropológicos del siglo XIX, logra una definición de la cultura notablemente moderna. Corresponde, con leves diferencias de matiz, a la que Emile Benveniste, el gran lingüista francés y erudito en la historia de las civilizaciones indo-europeas, produjo muchos años después. Dice Benveniste: "Llamo cultura al medio humano, todo lo que, más allá del cumplimiento de las funciones biológicas, da a la vida y a la sociedad humana forma, sentido y contenido. La cultura es inherente a la sociedad de los hombres, sea el que fuere su nivel de civilización. Consiste en una multitud de nociones y prescripciones, también en prohibiciones específicas; lo que una cultura prohíbe la caracteriza al menos tanto como lo que prescribe. El mundo animal no conoce prohibición alguna. Ahora, este fenómeno humano, la cultura, es un fenómeno enteramente simbólico. La cultura se define como un conjunto muy complejo de representaciones, organizadas por un código de relaciones y de valores: tradiciones, religión, leyes, política, ética, artes, todo aquello que, nazca donde nazca, impregnará al hombre en su conciencia más honda, y que dirigirá su comportamiento en todas las formas de su actividad - ¿qué es pues si no un universo de símbolos integrados en una estructura específica...? <sup>6</sup>"

Así, la cultura abarca la totalidad de las instituciones, las prácticas, las creencias, los valores, las obras, las técnicas vigentes en una sociedad dada, cualquiera que sea su tamaño. Pero hay dos rasgos que hay que destacar en esta descripción somera: primero, el carácter absolutamente objetivo de todos estos fenómenos, y segundo el hecho de que poseen la estructura de un código. Ambos rasgos concurren para hacer posible un análisis riguroso, un desciframiento del sistema que componen. Pues todo código reposa sobre una sintaxis, es decir un conjunto de reglas que rigen las relaciones entre las unidades de que se compone. Este es el aspecto normativo, coercitivo de todo sistema cultural. Todo es regulado, conforme a pautas, a reglas prescriptivas y proscriptivas. Esto es evidente en los sistemas jurídicos y en las secuencias inalterables de las conductas rituales. Lo que se obtiene mediante la articulación más o menos estrecha o más o menos laxa entre todos los subcódigos o subsistemas culturales es la constitución de un orden que intenta no sólo mantenerse sino perpetuarse.

Todos estos sistemas son semióticos, es decir son conjuntos de significantes que poseen una organización, una articulación interna. Además, son sistemas que gozan de un alto grado de autonomía. Son el producto de la acción humana, tienen su origen en el trabajo de los hombres, pero al mismo tiempo, son suprahumanos, en el sentido en que trascienden a sus creadores. Ejercen un innegable efecto sobre la vida cotidiana de los hombres y poseen virtudes generativas no siempre previsibles. Y en

---

<sup>6</sup> Emile Benveniste, *Problemas de Lingüística General I*, México, Siglo XXI, 1971, p.31-32.

esto consiste su historicidad, pues no sólo transforman sino que se transforman a sí mismos.

El primer constituyente de una cultura es indudablemente su lengua, que se erige como la columna vertebral de la cultura. Toda lengua es un sistema semiótico coherente y autónomo, impermeable, que tiene que resultar impermeable y ajeno para todo no hablante. Es un sistema hermético por cuyas murallas no se puede penetrar, desde otra lengua, sin la mediación de un intérprete, un sujeto bilingüe. Así las culturas son tan diversas como las lenguas que los hombres hablan - unas 6.500 en la actualidad y más del doble de ese número han existido en el pasado. Pues es una evidencia incontrovertible que, si universalmente el hombre se define por su posesión de la facultad del lenguaje, ningún ser humano habla el lenguaje; siempre habla una lengua particular: yoruba, soninké, chino, bamiliké, aymará, español, la lengua materna que por razones eminentemente contingentes le correspondió.

El primer efecto que crea esta inclusión en un sistema lingüístico cerrado es la constitución de un "nosotros" que es correlativamente la exclusión-constitución de un "ellos": todos aquellos que no pertenecen a la misma comunidad lingüística. Así cada cultura crea fronteras, traza líneas que delimitan determinadas poblaciones humanas, generando necesaria e inevitablemente las categorías de lo "mismo" y lo "otro". El "otro" es el término sumario usado corrientemente para designar a los seres, a menudo considerados como infra-humanos, o cuasi-humanos que habitan más allá de las fronteras dentro de las cuales "nosotros" nos situamos <sup>7</sup>. Concomitantemente, la cultura al crear un "nosotros", genera una identidad compartida y reconocida por sus integrantes. Si excluye al forastero, permite una circulación e intercambio dentro de las fronteras comunes para los nativos. Delimita, circunscribe, pero al mismo tiempo abre a la interacción con otros reconocidos como semejantes. Permite así estar a sus anchas en un espacio en el que todo para todos es natural, evidente y lógico - por más anti-natural, contra-evidente e ilógico que parezca a todo "otro".

Entonces por "cultura" hay que entender un andamiaje de sistemas semióticos articulados entre sí que cubre la totalidad de la existencia de los seres humanos: sistemas alimenticios, vestimentarios, de género, de creencias, de sentimientos, narraciones canónicas, etc., etc. Toda cultura es así un formidable aparato interpretativo que cumple la función de proporcionar significaciones, de volver inteligible y controlable - al grado al cual la finitud humana lo permite - el espacio natural y humano.

Este es el aspecto crucial que no es posible exagerar: el ser humano no viene pre-adaptado a un entorno que lo acoge naturalmente. El hombre habita el desierto del Sahara, la Tierra del fuego, la selva amazónica, las estepas siberianas, las alturas del Nepal, el círculo ártico. El "mono desnudo", como Desmond Morris lo bautizó, al juzgar por su fisonomía, no sería apto sino para habitar las islas idílicas del Caribe y de la Polinesia, donde la bondad del clima y la exuberancia de la vegetación permiten una vida tan apacible como la de Eva y Adán en el jardín del Edén. Las dotes físicas del ser humano individual son irrisorias en comparación con las competencias especializadas de todas las demás especies. Seríamos no viables como especie si no fuera precisamente por la cultura. Pues la esencia de las culturas es la de suplir,

---

<sup>7</sup> Frecuentemente los nombres con los cuales conocemos a ciertas etnias no son la manera como los indígenas se llaman a sí mismos. Son términos originalmente despectivos aplicados por sus vecinos. Así parece que los cubeos del Vaupés se llaman de ese modo gracias a los tucanos, pues "cubeo", *kebewa* en tucano, quiere decir literalmente "la gente que no es". Cf. *Juedova Pamiva*, Ciro Pineda Ariza y Luz Stella Carvajal Sánchez, Cuaderno Educación Inicial - PEFADI, Vaupés, Colombia.

mediante prótesis u órganos exosomáticos, la incompletud biológica que la evolución específicamente humana ha determinado. Debido a la co-evolución del cerebro y del lenguaje, como facultad únicamente poseída por la especie humana, la evolución, en términos escuetamente biológicos, ha sido sustituida por el desarrollo cultural y tecnológico. Dicho en otros términos, es justamente la peculiar naturaleza del ser humano como organismo biológico la que le ha conferido su especial importancia a la cultura humana <sup>8</sup>. Y con la aparición de ésta, parecería que la evolución humana, al menos desde el paleolítico, se haya detenido.

Así, la cultura toma el relevo de la adaptación evolutiva y nos procura lo que nos falta a nivel biológico. Un clásico de la antropología contemporánea, Clifford Geertz, lo expresa de manera sucinta y precisa: "En suma, somos animales incompletos o inconclusos que nos completamos o terminamos por obra de la cultura, y no por obra de la cultura en general sino por formas en alto grado particulares de ella: la forma dobuana y la forma javanea, la forma hopi y la forma italiana, la forma de las clases superiores y la de las clases inferiores, la forma académica y comercial" <sup>9</sup>.

Ahora bien, ¿en qué consiste entonces la singularidad del ser humano como organismo biológico que hace tan indispensable la cultura? Estriba esencialmente en la prematuración del nacimiento y la consiguiente prolongada dependencia, hecho único entre los mamíferos, y que hace que la cultura sea directamente responsable de la configuración mental y psicológica de sus miembros.

Los estudios neurológicos modernos <sup>10</sup> han dado una nueva importancia, y un nuevo sentido, al concepto de "epigénesis" definida, ya no en términos embriológicos, sino como la maduración postnatal. Pues, en efecto, se ha comprobado que hay una peculiar prematuración característica de la especie humana en el momento del parto. Entre los primates, sólo el cerebro humano continúa creciendo a un ritmo fetal después del nacimiento. El hecho es que, al nacer, la especie humana viene al mundo con un grado muy notable de incompletud neuronal. Pues hay una peculiar ausencia de mielinización del haz piramidal. Y la mielina es la sustancia que reviste a los axones, para asegurar la conducción eficiente de los impulsos eléctricos, y que sirve como el aislante natural para la corteza. Este proceso de mielinización sólo alcanza su terminación en el sexto año de vida. Este período de inmaduración ha sido conceptualizado como la "neotenia" de la especie humana, término propuesto por el anatomista holandés, Louis Bolk <sup>11</sup>: es decir, la conservación de rasgos fetales después del parto, o también la conservación de rasgos infantiles en la vida adulta, de lo cual algunos proponen a las mujeres como ejemplo por la voz aguda, la ausencia de pilosidad en la mayor parte del cuerpo, la redondez de los rasgos faciales y de los miembros, la tersura de la piel, etc.

---

<sup>8</sup> Cf., Merlin Donald, *The Origins of the Modern Mind*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1991; Terrence W. Deacon, *The Symbolic Species, the co-evolution of language and the brain*, New York, W.W.Norton, 1997.

<sup>9</sup> Clifford Geertz, "El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre", en *La Interpretación de las Culturas*, Barcelona, Gedisa, 1995 [1973]. p.55ç

<sup>10</sup> Cf., Jean-Pierre Changeux, *L'homme neuronal*, París, Fayard, 1983; Gerald M. Edelman, *The Remembered Present, A Biological Theory of Consciousness*, New York, Basic Books, 1989.

<sup>11</sup> Véase Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man*, Harmondsworth, Penguin, 1984 [1981], p.119-121.

Ahora bien, esta inmadurez cerebral, específica a los seres humanos, tiene una explicación evolutiva clara <sup>12</sup>. A pesar de que el cuerpo humano es relativamente modesto con respecto a los demás mamíferos, los humanos pasan por un largo período de gestación en el vientre, que dura entre 38 y 42 semanas. En cambio, la expectativa de vida humana es particularmente larga, y se ha establecido una correlación precisa entre la duración de la vida y la duración de la gestación. La gestación más larga de todos los mamíferos - 22 meses - es la del elefante hembra, que vive aproximadamente 55 años. El tamaño del cerebro también está correlacionado con la duración de la gestación. Así, los mamíferos que poseen un cerebro más grande en el momento del parto tienen una gestación más larga. Dado nuestro tamaño cerebral respecto al tamaño cerebral de otros mamíferos, los humanos deberíamos tener una gestación mucho más larga de la que tenemos. Además, nuestra gestación corresponde al esquema general de los primates de un crecimiento fetal lento en lo que concierne al cuerpo, pero rápido en lo que concierne al cerebro. En cambio, otros mamíferos paren sus hijos bien desarrollados como el joven cebrá o el potrillo que salta de pie muy poco después del nacimiento. Aunque la gestación humana es relativamente larga y el bebé emerge grande respecto al tamaño del cuerpo de la madre, el cerebro humano nace inmaduro. Y este es el punto esencial que quiero destacar.

Pues, para comparar, el cerebro de un chimpancé recién nacido ya ha alcanzado la mitad del peso que tendrá de adulto, o el del macaco ya tiene el 60% del peso del cerebro adulto <sup>13</sup>, pero el cerebro del neonato humano no posee sino una cuarta parte del peso del cerebro adulto. Para compensar, el esquema fetal de rápido crecimiento del cerebro continúa después del parto durante el primer año de vida, en el cual el cerebro crece más del doble de sus dimensiones en el momento del parto. Esta inmadurez neurológica hace que el bebé humano sea incomensurablemente más dependiente que cualquier otro bebé animal. Así, en lo que respecta a nuestros cerebros, se podría decir que la gestación dura 21 meses, prácticamente lo mismo que en el caso del elefante. Este esquema de crecimiento, la llamada "altricialidad secundaria", es propio únicamente de los seres humanos, y evolucionó como consecuencia de dos factores simultáneos: la posesión de un cerebro especialmente grande y el hecho de andar en dos piernas. Un recién nacido humano puede llegar a tener dos veces el peso de un simio recién nacido, pero la madre humana difícilmente pesará el doble del simio hembra. Es por eso por lo que el proceso del parto humano es uno de los más difíciles de todos los animales. En cambio, para el chimpancé el parto es fácil: la cabeza del crío pasa por el canal de nacimiento sin mayor constricción. La pelvis humana, en cambio, ha sido ampliamente reconfigurada para la locomoción en dos piernas. Esto hace que el parto tenga que ser mucho más complicado que cualquier otro primate. Además, el parto de un bebé que tuviera el cerebro tan grande como lo tendrá al año, es absolutamente inconcebible. Fue la posición erguida, entonces, la que impuso perentoriamente un parto prematuro.

De este modo, el cerebro del neonato pesa un mero 25% de su eventual peso adulto. Este es un hecho extraordinario, de consecuencias inmensas para pensar la relación entre mente y cultura. Entre todos los primates, sólo el cerebro de los humanos continúa creciendo a un ritmo fetal después del nacimiento, formándose mediante millones de conexiones sinápticas. "La gran mayoría de las sinapsis de la corteza cerebral se forman después de que el niño venga al mundo. La prosecución, largo tiempo después del nacimiento, del período de proliferación sináptica permite

---

<sup>12</sup> Véase Donald Johanson & Blake Edwards, *From Lucy to Language*, New York, Simon & Schuster, 1996, p.76.

<sup>13</sup> Cf., Bradd Shore, *Culture in Mind: Cognition, Culture and the Problem of Meaning*, New York, Oxford University Press, 1996, p.3.

una 'impregnación' progresiva del tejido cerebral por el entorno físico y social", dice el distinguido neurólogo francés Jean-Pierre Changeux <sup>14</sup>.

Este paso acelerado de construcción neurológica postparto sigue durante los primeros dos años de vida antes de comenzar a disminuir. Sólo en la pubertad se completa la maduración física del cerebro humano. Aún después, el desarrollo neuronal continúa a lo largo de la vida, aunque en verdad, como lo señala Changeux, habría que hablar de desarrollo "mental" y no meramente cerebral, pues ese desarrollo es justamente la consecuencia de interacciones culturales.

Esta combinación de nacimiento prematuro y desarrollo lento quiere decir que exactamente tres cuartas partes del cerebro humano se desarrollan por fuera del vientre, en relación directa con el entorno externo. Para emplear la expresión de Bradd Shore <sup>15</sup>, la evolución nos ha dotado de un cerebro "ecológico" que dependerá toda la vida del entorno.

Es esta plasticidad o maleabilidad del cerebro lo que hace que dependa para su desarrollo de una estrecha interacción con la cultura. Así, la misma estructura cognitiva de una mente individual es profundamente modelada por la cultura, cultura que siempre es particular. Y esto da lugar a modos de pensamiento específicos culturalmente determinados. "La cultura literalmente reconfigura los patrones de uso del cerebro y [...] esos patrones de uso determinan en gran medida la forma como el excepcionalmente plástico sistema nervioso central queda organizado en términos de estructura cognitiva" <sup>16</sup>. Dicho en otros términos, sin cultura no hay mente ni intelecto. Los procesos psíquicos superiores no son naturales, no son emanaciones del cerebro, como la bilis que secreta el hígado, en la expresión del hípermaterialista francés del Siglo XVIII, Cabanis, sino culturales. Y existen modos de pensamiento diferenciales inscritos en tradiciones sustancialmente diferentes y en actividades específicas.

Se podría fácilmente, si el tiempo nos lo permitiera, acumular muchos ejemplos de la forma como la cultura queda - y no es ninguna metáfora - literalmente inscrita en los tejidos vivientes del cerebro. Uno de los ejemplos más indiscutibles es la adquisición de la lengua, que procede a partir del balbuceo a una estabilización selectiva; mediante atrición silábica, fija una configuración fonológica que hará para siempre al hablante un nativo de una única lengua. Lo que le condenará a un monolingüismo muy difícilmente superable, a menos de que la adquisición de una segunda lengua se haga antes de que venza un determinado plazo conocido como el período crítico.

"Hay una doble determinación cultural del balbuceo. Por un lado, el niño percibe desde antes de nacer la voz de la madre, y el balbuceo varía según las comunidades lingüísticas. Por otro, el inventario de los sonidos decrece y se estabiliza por imitación hasta que no queden sino sonidos lingüísticamente codificados - o socialmente regulados - gritos incluidos. Esta imitación no tiene nada de pasivo; depende en gran medida de una validación afectiva: son estabilizados preferentemente los sonidos que reciben la aprobación del entorno y sobre todo de la madre", nos dice el semiótico y teórico de la semántica François Rastier <sup>17</sup>. Además, Rastier propone la hipótesis de una especie de balbuceo semántico para dar cuenta de dos procesos complementarios observables: el aprendizaje de la categorización y la constitución de las clases semánticas. La abundancia de las relaciones entre un significado y los

---

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p.295.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p.3.

<sup>16</sup> Merlin Donald, *Origins of the Modern Mind*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1991, p.14

<sup>17</sup> François Rastier, *Sémantique et recherches cognitives*, Paris, PUF, 1991, p.230.

referentes que el niño le atribuye se reduce progresivamente. El aprendizaje semántico consiste en debilitar las conexiones semánticas espontáneas y en reforzar las conexiones de uso corriente en el discurso del entorno. De allí la pérdida progresiva de aquella "poesía natural" de las expresiones infantiles que tanto deleita a los padres (el niño que señala a la luna y dice, como si fuera Federico García Lorca: "¡La luna es una naranja!"<sup>18</sup>).

Recordemos que este aprendizaje de que estamos hablando es, como todo aprendizaje, un asunto cerebral en el sentido más literal del término. Es decir se trata de la construcción de redes neuronales, una configuración arquitectónica específica de cada cerebro individual con localizaciones típicas y modos peculiares de compensación cuando ocurren lesiones precoces. Los hablantes bilingües tienen localizaciones neuronales diferentes para las dos lenguas que hablan. Esto se demuestra por el hecho de que en estos individuos los derrames, la estimulación eléctrica y otros accidentes neuropsicológicos pueden perturbar el desempeño en un idioma y dejar al otro intacto<sup>19</sup>. Es evidente que esta inscripción de la cultura en los tejidos del cerebro no concierne sólo al lenguaje oral sino, como ha sido claramente demostrado, también establece una localización precisa para los sistemas de escritura. Esto ha sido particularmente comprobado para la escritura japonesa, pues el japonés tiene la singularidad de poseer dos tipos de escritura diferentes, uno fonogramático, *kana*, y otro ideogramático, *kanji*. Lesiones cerebrales de distinto tipo afectan selectivamente un modo de escritura o el otro.

Todas las competencias prácticas y las actividades culturales cognitivas especializadas "poseen necesariamente una estructura modular distintiva que puede averiarse de varias maneras predecibles. Esta no es una noción frívola: el cerebro de un jugador profesional de tenis indudablemente emplea sus recursos de una manera muy distinta de lo que hubiera hecho si, por razones culturales, el mismo individuo hubiera crecido para llegar a ser un estudioso, poco atlético, de la biblia"<sup>20</sup>.

Mediante esta pequeña excursión por la psiconeurología podemos llegar, finalmente, al enlace entre la cultura - obra colectiva inscrita en la larga duración transgeneracional - y la psique individual de la generación que sucede fugazmente a la que le antecedió. Son sobre todo los clínicos, especialmente etnopsicoanalistas y etnopsiquiatras, quienes por su práctica se han visto obligados a pensar y teorizar la problemática y traumática inscripción del individuo en su cultura, quienes han contribuido al enriquecimiento de este concepto. Pues como muy a menudo ha sucedido, el análisis psicológico de lo que transcurre de manera habitual y casi natural, se esclarece justamente por lo anómalo, lo anormal o lo socialmente percibido como patológico.

Tobie Nathan, por su consulta psiquiátrica prestada a inmigrantes, desplazados y refugiados en los centros de salud en París, ha llegado a la convicción de que "la cultura es un sistema psico-sociológico, no biológico pero funcionalmente muy comparable a una especie biológica". Es el sistema que no sólo vuelve coherente el espacio social, sino también, y sobre todo, el sistema interior de los individuos que les permite circunscribir su espacio psíquico..."<sup>21</sup>. Nathan es llevado a la conclusión de que la cultura desempeña una función crucial en la construcción y en la homeostasis del aparato psíquico. Así como la cultura - en la dimensión colectiva - obra para la

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p.231.

<sup>19</sup> Terrence W. Deacon, *op. cit.*, p.114.

<sup>20</sup> Merlin Donald, *op. cit.*, p.12.

<sup>21</sup> Tobie Nathan, *L'influence qui quérít*, París, Odile Jacob, 1994, p. 175-6.

preservación del grupo dentro de sus fronteras políticas, de manera análoga el aparato psíquico es el dispositivo que traza y sostiene - para el individuo - los contornos que lo individualizan. Entonces Nathan concluye "que cultura y psique son homólogas, funcionalmente redundantes (mantener la identidad del sistema que preservan, a la vez su delimitación y sus intercambios con otros sistemas que se empeñan en definir como semejantes) y los únicos sistemas susceptibles de gestionar el vínculo con el otro"<sup>22</sup>.

Por tanto, es el grado de funcionalidad y de vitalidad de una cultura la que, al asegurar la homeostasis psíquica de la persona, también preserva la salud mental. En esto radica su importancia psicológica, que manifiestamente es imposible exagerar. Dos son las funciones psicológicas que toda cultura solvente debe cumplir, sostiene Tobie Nathan: primero, evitar la perplejidad y, segundo, evitar el pavor. "Evitar la perplejidad" significa que la cultura idealmente debe proporcionar un conjunto suficientemente satisfactorio de prácticas, creencias y relatos canónicos como para constituir un marco explicativo que confiera una significación coherente a la vida humana. Dicho de manera sucinta, una cultura debe disponer de un acervo de respuestas convincentes para evitar el surgimiento de interrogaciones desconcertantes y paralizantes. Es obvio que pocas culturas son capaces de garantizar una vida humana totalmente exenta de toda necesidad de auto examen. Y tampoco es seguro que tal objetivo sea siquiera deseable. Pero también es cierto que algunas culturas son manifiestamente incapaces de proporcionar un mínimo de sosiego mental. En una carta a Marie Bonaparte, Freud, pocos años antes de su muerte, escribió: "El momento en que uno indaga por el sentido o el valor de la vida uno está enfermo..."<sup>23</sup>. Este apunte de Freud no puede ser descartado a la ligera como otro signo más del supuesto pesimismo de su vejez. Es más bien el lúcido reconocimiento de la incapacidad del occidente moderno de constituir una cultura capaz de evitar la perplejidad, de ahorrarle al individuo el desgarramiento de la hiperreflexividad, de la fascinación atormentada por su propia imagen y su disconformidad con los ideales imperantes.

Por razones de espacio, no podré examinar en detalle la otra función de evitación que toda cultura debe desempeñar, según Tobie Nathan: la de evitar el pavor. Pero para comprender su importancia se puede señalar que concierne a la función protectora que la cultura debe ejercer para, de manera análoga al aparato psíquico, evitar la efracción del espacio cultural. Correlativa a esa posible efracción se produce la extracción del sujeto, o más bien del núcleo del sujeto, por fuera de la membrana protectora de su cultura. Es decir, se trata de una violenta "des-culturación" en una interacción con el otro que equivale a una efracción traumática que deja serias secuelas. Las culturas tradicionales previenen tales violencias mediante otra forma de violencia que podríamos llamar profiláctica: rituales de pasaje, especialmente de iniciación que a menudo son deliberadamente dolorosos y traumáticos.

La condición humana se caracteriza por nodos de extrema sensibilidad, y suma fragilidad que cada cultura, a su manera, intenta proteger de posibles vulneraciones. Son nodos que ligan al cuerpo a lo que llamamos la mente y es la cultura la intermediaria entre los otros dos órdenes. Es gracias a ella, la cultura, como se realizan los virajes cruciales en la existencia humana: el nacimiento, la crianza, el abandono de la infancia y el ingreso en la adolescencia, la aceptación del género y la declaración de sexo, el hacerse esposo(a), hacerse padre (madre), la reconciliación

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 182.

<sup>23</sup> Carta de agosto 13 de 1937, citada por Ernest Jones en *The Life and Work of Sigmund Freud*, vol.3, New York, Basic Books, 1957, p.465.

con el envejecimiento y la muerte - primero que todo la de los otros - y finalmente la de uno mismo. Sin la cultura la condición humana sería simplemente intolerable.